

Malacara de Guillermo Fadanelli

La incesante acción del pensamiento

Claudia Guillén

Alguien decía, como dijera Guillermo Fadanelli: “El hombre y su circunstancia”... En efecto, tenía razón Ortega y Gasset, uno nace con ciertas aptitudes, pero la circunstancia de cada quien lo puede marcar emocional y hasta físicamente según el espacio geográfico donde resida. En México, por ejemplo, se dice que la gente que habita el sur de nuestro país es más bien cálida, tranquila y lenta. Por su parte, el norte está poblado por personas que transitan entre la dureza, la rapidez y lo práctico. Y el centro, como es el caso de la Ciudad de México, produce seres que llevan una vida convulsa, marcada por la falta de tiempo para realizar las tareas que tienen por delante. Es decir, pareciera que en ella se construyen ciertos personajes llenos de ansiedades, fobias, y que van desarrollando un carácter antisocial y desconfiado que resulta difícil de erradicar. Quizá por ello, en *Malacara*, su más reciente novela editada por el sello Anagrama, Guillermo Fadanelli aborda esta suerte de tipología para internarnos en la historia de Orlando Malacara, un capitalino que reproduce toda la sintomatología neurótica del Distrito Federal. En cierto sentido, no resulta extraño, pues como sabemos, el autor normalmente coloca a sus personajes en la Ciudad de México, escenario indispensable de sus narraciones.

Fadanelli es un autor prolífico que, además de narrador incansable de la vida contemporánea mexicana, ha incursionado

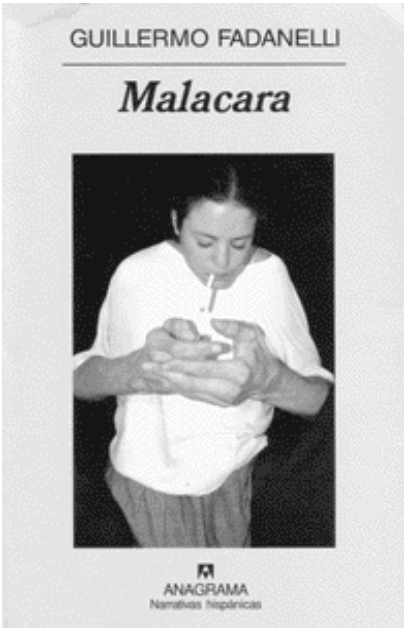
tanto en el ensayo y el artículo, como en los aforismos. Sus colaboraciones permanentes en algunos diarios y revistas de circulación nacional e internacional son una muestra inconfundible de la lucidez de su pensamiento crítico y de la agudeza con que suele contemplar su entorno. Algunos de sus libros se han llevado al cine y es representativo de lo que hace años él mismo denominara “literatura basura”. Por naturaleza ha sido un rebelde contra las posiciones éticas tradicionales, y en ocasiones ha defendido causas que a más de uno podrían parecerle extrañas. No obstante, el autor de *Lodo* rebasa las expectativas naturales que se le conceden a un escritor: transita la ciudad a pie y recorre sus noches sin ninguna intención de abandonarlas, como un explorador incansable de lo desconocido. Asimismo, sabemos de su gusto por ciertos autores filosóficos, pesimistas y al mismo tiempo irónicos, como Louis Ferdinand Céline, Schopenhauer, o por narradores como Robert Walser, Philip Roth, por mencionar algunos, y de su intención de concederle a la literatura siempre una base que se sustenta en el ejercicio del pensamiento sistemático.

Acaso por estos motivos, la narración de *Malacara* resulta un ejercicio ambicioso en lo que se refiere a estructura temporal: la trama se desarrolla en cuarenta y nueve capítulos breves que no establecen una secuencia lógica clara entre lo que sucede antes y después. Cada uno de ellos, por separado,

posee unidad propia, sin que esto quiera decir que el conjunto no dé como resultado una novela sólida que se sostiene a partir de las conductas exacerbadas del protagonista: se trata de un relato atomizado, cuyos elementos se atraen debido a la fuerza de cohesión de Orlando Malacara. Narrada en primera persona, la historia nos permite adentrarnos en las perturbaciones de un hombre que sufre y vive en la capital mexicana. Por momentos pareciera que *la iguana*, como el protagonista nombra a la urbe, es quien lo impulsa a realizar los diferentes actos que lo hacen desilusionarse por completo del entorno y de sus semejantes. En su desprecio por la educación académica, en su desapego por todo lo que no sea un cuerpo femenino, en sus constantes reflexiones matizadas por el sarcasmo y el miedo, Malacara poco a poco entreteje una historia lúcida de tintes tragicómicos que podría ser la de cualquier habitante de esta gran ciudad.

Orlando Malacara es un escritor que entra en conflicto por cosas que a los demás podrían parecernos ordinarias. No resiste a los niños, ni a los maestros. Ni a los médicos, aunque vive con el temor de contraer alguna enfermedad propia de su edad, que también queda como un misterio más para el lector; si bien no hay duda de que es un hombre que rebasa los cuarenta años, en ocasiones parece más vital, y en otras se asemeja a un hombre viejo, desanimado, obsesivo, cargado de fobias, sin ninguna expectativa de la vida. Rea-

Narrada en primera persona, la historia nos permite adentrarnos en las perturbaciones de un hombre que sufre y vive en la capital mexicana.



cio a convivir con los demás, Malacara busca espacios donde se siente protegido de *la iguana* que lo ataca por las noches en sus sueños y también en el día a día, a través del esmog, de las multitudes, del tráfico, en fin, de la cercanía de los otros. Mientras, observa a los demás con la distancia que le permite un supuesto anonimato.

Rosalía y Adriana son las mujeres que lo acompañan en sus delirios. La primera, una tijuana treintona agradable; la segunda, una joven cocainómana a quien Orlando Malacara conoce en el momento que se ofrece como maestro, sin sueldo, del instituto para señoritas que queda justo enfrente de la ventana de la casa que él habita en la colonia Condesa. Estas dos mujeres son su única compañía, además del recuerdo nostálgico y cariñoso hacia sus padres ya muertos. El protagonista los hace presentes a lo largo del libro por medio de recuerdos que permiten

al lector conocer parte de su infancia, y la manera en que la ausencia de estas figuras, desde el momento mismo de la orfandad, lo insertan en una desprotección que lo atemoriza tanto o más que la ciudad.

La lógica de cualquier gran urbe es enloquecedora para el más templado, y Orlando pareciera ser la representación humana de ese enloquecimiento cotidiano. Sus ideas dispersas, en ocasiones desmedidas, son en Orlando Malacara el resultado de la mimesis interna que se genera en él a partir de su tránsito por las calles en recorridos que, si bien un día pueden tener un sentido, a la semana siguiente cambian sin previo aviso: las calles, como el protagonista, muestran su esquizofrenia sin tapujos. Así, este *flâneur* se da cuenta de que, de la misma forma como la ciudad se deteriora, el hombre también, y el paso de los años lo hace sentirse un ser vulnerable, más allá de que posee un apetito sexual semejante al de un joven. Sus temores, infundados o no, lo obligan a tomar decisiones drásticas con respecto a los demás. Como ya se dijo, las mujeres se convierten en una suerte de nicho donde se refugia, a pesar de que ellas, al igual que sus padres, lo abandonan; unos por la muerte, las otras por cansancio o por las ganas de salirse de ese pequeño cosmos que Malacara ha creado para protegerse del mundo. Incluso, dentro de las contradicciones en que vive inmerso, él quisiera ser el gran salvador de esas mujeres, pues las presiente desvalidas ante la violencia que reina en la ciudad. Sus instintos lo llevan a pensar detenidamente en la posibilidad de matar a un hombre que acosa a las alumnas de la escuela: tal vez este homicidio sería una muestra para ellas de que Orlando Malacara es capaz de protegerlas de cualquier adversidad o agresión verbal.

Además de estar en su casa observando el mundo por la ventana, el protagonista

visita cantinas cuando se siente harto de la monotonía que él mismo se ha impuesto. Viaja a Tijuana, otra ciudad convulsionada y viva, y a Portugal. Su vida transcurre entre recorridos incansables y aislamientos casi absolutos. Desplazamientos e inmovilidad. Sin embargo, cuando se encuentra quieto es su cerebro el que se desplaza de una reflexión a otra, de una idea a la siguiente, de una crítica a una diatriba, de la ironía a la autocompasión, del análisis de un aspecto urbano al razonamiento sobre cierto autor o ciertas cuestiones literarias, y de ahí al centro de sus meditaciones, la Ciudad de México, para enseguida salir a fatigar las calles de colonias emblemáticas como Santa María la Ribera, Tacubaya, Escandón, también escenarios de sus andanzas.

La lectura de estas páginas viene a confirmar que la obra de Guillermo Fadanelli, desde sus inicios hasta ahora, ha sido un largo camino en la búsqueda del abrazo entre literatura y filosofía. A partir de sus relatos en lo que él llamaba “literatura basura”, pasando por *La otra cara de Rock Hudson*, *¿Te veré en el desayuno?*, *Lodo*, *Educar a los topos*, y sus libros de ensayos como *Plegarias de un inquilino*, la transición de una narrativa realista, violenta, descarnada, a una no menos oscura pero más reflexiva es evidente. En *Malacara* el autor lleva a cabo una apuesta fuerte, no sólo por su estructura temporal, arriesgada de por sí, sino por los momentos en que, a través de una aparente inmovilidad, son las ideas las que impulsan la lectura en lo que bien podría llamarse una incesante “acción de pensamiento”, es decir, la síntesis que Fadanelli había perseguido desde sus primeros escritos. ■

Guillermo Fadanelli, *Malacara*, Anagrama, Barcelona, 2007, 193 pp.

La lectura de estas páginas viene a confirmar
que la obra de Guillermo Fadanelli, desde
sus inicios hasta ahora, ha sido
un largo camino en la búsqueda del abrazo
entre literatura y filosofía.